

¿Hasta cuándo?

BOGOTÁ.—Las últimas noticias que llegan a Bogotá son alarmantes. La relativa calma de la capital y la posición energética del Presidente de la República permitieron asegurar a algunos que, tras los disturbios de Medellín, Cali y Barranquilla, que motivaron la declaración del estado de sitio en los Departamentos correspondientes, había vuelto la calma. Pero cuando escribo estas líneas, un día de junio, la gente de Bogotá, nerviosa y expectante, sabe muy bien que no es así. De Monterí, de Carrepa, de la región central de Río Magdalena, llegan noticias de acciones guerrilleras, de fusilamientos ordenados por el Ejército Nacional de Liberación (ELN) de campesinos confidentes, de secuestros y de nuevos choques armados. Mientras, en Bogotá, los estudiantes de la Universidad, en huelga desde hace tres semanas por la destitución del rector marxista, Luis Carlos Pérez, celebran asambleas y preparan nuevas manifestaciones.

Es imposible saber lo que pasará en los próximos días. La destitución del general Valencia Tovar, comandante en jefe del Ejército de Colombia, el trasiego de altos mandos militares y los rumores de todo orden que en este sentido circulan por el país indican que Colombia ha bordeado el golpe de Estado. El hecho de que Valencia Tovar, horas antes de su destitución, declarara que «el golpe de Estado es un imposible moral en Colombia», o que el ministro de Asuntos Políticos afirmara que «las instituciones democráticas son suficientemente sólidas y que las relaciones actuales entre las Fuerzas Armadas y el gobierno son excelentes», responde perfectamente a la voluntad de afrontar el profundo clima de desconfianza existente. Para muchas de las personas colombianas con las que hablo la situación es insostenible. La subida de precios ha hecho aún más pobres a muchos colombianos. A la huelga de la industria del cemento, iniciada el 5 de mayo, se suman ahora la adhesión de todos sus gremios propuestas por la Conferencia Sindical de Trabajadores de Colombia y la incidencia sobre la producción de la agitación guerrillera.

El MOIR (Movimiento Obrero de Izquierda Revolucionaria), por su parte, toma una serie de iniciativas en favor de los pobres que construyen sus barracas en territorios ajenos. Mientras la Iglesia local señala que «las vías violentas van suplantando los recursos legales, desplazando el diálogo y las buenas maneras», y el DAS, la policía secreta, ordena una «reserva informativa» para evitar que la noticia de los numerosos secuestros incremente la tensión del país.

¿Qué va a pasar? Unos esperan o temen a un nuevo Pinochet. Otros, un golpe militar al estilo peruano. Frente a los temores de la derecha, buena parte de la izquierda declara totalmente insuficiente el reformismo liberal del actual gobierno.

López Michelsen, consciente de que su «Mandato Claro» —en razón a la amplia mayoría electoral— está liquidado, declara que «los gobiernos no caen por malos sino por débiles».

Meses atrás comenté en TRIUN-

FO la victoria de Alfonso López Michelsen en las elecciones de Colombia y el carácter de su programa, decididamente abierto frente a los planteamientos del derrotado partido conservador. Poco tiempo después, con ocasión de un viaje a Bogotá, una entrevista a Marco Julio Rodríguez, viejo militante comunista, nombrado por el nuevo gobierno para un importante cargo, reflejó las esperanzas puestas por un amplio sector en la nueva etapa política. Con la subida al poder de Alfonso López Michelsen se rompía la larga etapa de Frente Nacional —que coaligó a los dos partidos tradicionales— y los Liberales asumían la dirección de un centro-izquierda refrendado por una cómoda victoria electoral.

Recuerdo a Marco Julio repitiéndome en su despacho que el gobierno no era revolucionario y que bastantes cosas fundamentales no podrían hacerse dentro de los límites de la legislación vigente, pero que mejor era aprovechar las posibilidades de un centro-izquierda que consumirse en la eterna esperanza de una «alternativa» inviable.

Marco Julio me hablaba en concreto de la revista de Gabriel García Márquez, «Alternativa», cuyo papel en la actual situación colombiana ha probado que representa bastante más que la posición de una minoría de intelectuales de la izquierda. Basta leer, en efecto, los últimos números para descubrir su condición de instrumento ideológico en la actual alineación de la izquierda contra el Presidente López Michelsen.

El esquema del actual conflicto quizá no sea difícil de establecer. La durísima realidad socioeconómica colombiana no puede subvertirse, en beneficio de otra más justa, mientras no se alteren profundamente los centros de poder, mientras las decisiones nacionales de todo orden las tome un pequeño sector. Quizá no sea necesario recurrir a la minoría de Camilo Torres ni a una de sus categóricas afirmaciones —que cada lucha parcial por ventajas inmediatas no pierda de vista el hecho de que la reivindicación total y definitiva obrera no podrá venir sino como consecuencia de la toma del poder por parte de las mayorías, por parte de la clase popular colombiana— tal y como hacía «Alternativa» en la portada (¡Camilo vive!) y contraportada de un número de febrero último. Pero es obvio que el «quid» de la cuestión está en saber hasta qué punto el reformismo de López Michelsen es un camino, como sostenía Marco Julio con la mejor buena fe, o un simple amortiguador al servicio de la oligarquía colombiana y sus dependencias transnacionales.

En un número de diciembre del 74, «Alternativa» publicaba, bajo el título de «Quién es quién en la CIA», una lista de nombres y entidades en la que podía leerse:

«LOPEZ MICHELSEN, Alfonso.—Líder del Movimiento Revolucionario Liberal de Colombia, apoyado por la sucursal de la CIA en Bogotá. Elegido Presidente de Colombia en 1974».

«MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO LIBERAL (MRL).—Ala progresista del Partido Liberal de Co-

lombia, dirigido por Alfonso López Michelsen. Fue apoyada por la sucursal de la CIA en Bogotá».

La acusación —incluye a un buen número de políticos latinoamericanos: Echeverría, Díaz Ordás, López Mateos, José Figueres, Miró Cardona...— había sido formulada por el ex agente de la CIA Phillip Agee, y tenía un enorme valor para interpretar la moderna historia de Colombia. De ser cierta la aseveración de Agee, el MRL, ya disuelto, y López Michelsen, habrían sido las piezas de un plan político trazado por los intereses económicos de siempre. Por eso no sorprende que el propio García Márquez se fuera a ver a Phillip Agee —a quien debemos una explosiva versión de las actividades de la CIA en la política latinoamericana— para pedirle que le aclarara los fundamentos de la acusación. El trabajo del autor de «Cien años de soledad» empieza así:

«Phillip Agee me dice que él no sabe si Alfonso López Michelsen lo sabía, que es posible y probable que no lo supiera, pero en cambio sabe a ciencia cierta que el Movimiento Liberal Revolucionario (MLR) estaba financiado en secreto por la CIA, y que ésta promovió y pagó una gira política del propio López Michelsen al Ecuador. Le he replicado yo, y lo creo sin reservas, que ese hecho no justifica la inclusión del nombre del Presidente de Colombia en una lista de colaboradores de la CIA, pero Agee me ha contestado que su lista no pretende ser condenatoria, sino reveladora, y que en ella ha puesto sin piedad a todo aquel que, a sabiendas o sin saberlo, le ha prestado un servicio a la CIA».

Luego, más adelante, García Márquez escribe un párrafo que sería la clave de la cuestión:

«El propósito de la CIA en América Latina era fortalecer los partidos liberales reformistas para canalizar a través de ellos la inconformidad popular, debilitar a los partidos comunistas y mantener un control más fácil contra la expansión de la revolución cubana».

El argumento de la izquierda, representado por publicaciones como «Alternativa», no podría, pues, ser más claro ni concluyente. El centro-izquierda, con la consiguiente captación por la plataforma gubernamental de algunos hombres de esta última, «canalizaría la inconformidad popular», debilitándola, en el cuadro de la lucha entablada en América Latina.

Del Manifiesto de Simacota, del 7 de enero de 1965, sería la frase incluida en la contraportada de otro número de «Alternativa».

«ELN, diez años de lucha. La lucha revolucionaria es el cínico camino de todo el pueblo para derrocar el actual sistema de engaño y de violencia».

El discurso se cierra. Y la «lucha revolucionaria» se plantea, desde esta perspectiva, como la única respuesta coherente frente a una política cuyo reformismo no promete cambios sustanciales.

Cada vez que he venido a Colombia he sentido la misma desazón. Problemas en los pueblos fronterizos para que no me timen en el cambio de moneda. Precaución antes de atravesar ciertas calles céntricas de Bogotá, por temor al atraco y a la violencia. Niños y niños de pauperados por las aceras. Crecimiento de un Bogotá suburbial, áspero y muy distante del Bogotá residencial de la oligarquía...

El problema quizá sea, en definitiva, bastante sencillo. Colombia vive en estado de violencia desde hace mucho tiempo, con muy breves intervalos de calma. Y el hecho de que un dictador como Rojas atrajese en una época a las masas populares prueba hasta qué extremo estas últimas se han sentido traicionadas por los políticos demoliberales. El que el principal sacerdote guerrillero, Camilo Torres, fuera colombiano, es otro dato elocuente. La realidad social de Colombia es, sobre todo, el hombre y la estrechez de una inmensa mayoría. El problema está hoy en saber si esa situación será institucionalizada, como en Paraguay o Bolivia, o si, al fin, el país conocerá una profunda transformación. La cuestión está en que Colombia posee desde hace tiempo una conciencia política a la que no bastan las satisfacciones puramente teóricas.

Es seguro que muchos de los colaboradores de López Michelsen —de los que conozco a algunos— entraron en el juego con la mejor buena fe. Pero la realidad es tal que no permite un proceso lento: ni por parte de la oligarquía, muy fuerte y escasamente dispuesta a ceder lo que siempre ha sido suyo, ni por parte de los sectores populares, cada vez más desesperados.

¿Qué hará el gran capital ante el nuevo desafío? Las actuales connotaciones de América Latina son más bien pesimistas. Es cierto que el demoliberalismo, en el marco concreto de la legalidad vigente, es un árbitro falaz ante las confrontacio-

MADRID

Una voz (destemplada) dijo: "¡Pan!"

● Dicen las crónicas que fue «una voz femenina destemplada». Se escuchó el viernes en el Pleno del Ayuntamiento de Madrid, y esta voz, que no templaba gaitas, pronunció una sola palabra: «¡Pan!». Una voz antigua. «El pueblo pide pan», dijeron una vez a María Antonieta para explicarle el sentido de una manifestación —con gritos, claro, destemplados— bajo los balcones de palacio. «¿No tiene pan el pueblo? ¡Pues que coma tortas!», comentó María Antonieta, que era muy graciosa, y también muy sentimental, y tenía unos amores con el caballero Axel de Fersen. Poco después se produjo el 14 de julio de 1789. Y otro poco después, la dulce y graciosa cabeza de María Antonieta cayó horrorosamente rebanada por la guillotina en la plaza pública.

La sesión era pública. Esto es, que pudieron entrar unas quince personas —dicen también las crónicas— de las ciento cincuenta que aguardaban en la calle. El resto lo ocuparon funcionarios de la casa, que también habían formado fila, pero no ya en la calle, sino en los pasillos. El pueblo de Madrid estaba representado por esas quince personas; en la cola habían ostentado barras de pan, pero ya no las llevaban cuando entraron en la tribuna llamada pública. Había sido escamoteado. La dama que gritó «¡Pan!» —no lo olvidemos, con voz

nes de la injusticia social con la pasión política. Pero la alternativa hacia la dictadura de derechas parece objetivamente más clara que la creación de un poder popular. Lo que explicaría, en última instancia, la colaboración de ciertos sectores de la izquierda con el Presidente López y, al mismo tiempo, la radicalización de otros sectores, exagerada

por la distancia entre el discurso humanitario del nuevo gobierno y la realidad inhumana de tantos colombianos.

«Esto se acaba», comentó en Bogotá con un hombre de la calle. «Esto no se acaba nunca, sólo cambia un poco de vez en cuando», me dice. ¿Hasta cuándo? ■ JOSE MONLEON.

ARGENTINA

Amenaza al Régimen

Algunos observadores piensan que la situación extrema planteada en la Argentina en estos momentos puede ser el principio del fin del régimen. Que en realidad no cesa de estar en situación de caída permanente desde el regreso del General Perón a Buenos Aires.

El agudo enfrentamiento de este fin de semana sitúa de un lado a los sindicatos, que aglutinan lo que se llama el «peronismo histórico» —Perón, y su segunda esposa, Eva Duarte, fundaron los sindicatos en su primer gobierno, y dieron a los obreros un poder que no habían tenido nunca, aunque de corte claramente demagógico— contra lo que se llama el «lopezreguismo»: López Rega, el «brujo», a quien se atribuye haberse apoderado del poder aún en vida del General, y haberse fortalecido en él desde su muerte mediante una enorme influencia sobre la actual Presidente. López Rega es-

taria, según los sindicatos, favoreciendo al capital, a los grandes capitales y al imperialismo americano, con una política económica contraria a los intereses obreros. El punto culminante se planteó en el mismo seno del gobierno, cuando el ministro de Economía, apoyado por López Rega, negó la posibilidad de ratificar los recientes convenios colectivos de trabajo, que aumentaban los salarios en el doble, y pidió su anulación. El ministro de Trabajo, del ala sindical, se opuso a la derogación. La propuesta del ministro de Economía de sustituir los convenios por un aumento de salarios de un 50 por 100 fue combatida por el ministro de Trabajo, para el cual este aumento era netamente insuficiente y suponía hacer pagar a los obreros el costo de la inflación. Esta tirantex se resolvió con la evicción del gobierno del ministro de Trabajo. Seguida, inme-



Los sindicatos piden la dimisión de López Rega.

diatamente, de una orden de huelga y de manifestación por los sindicatos.

Dentro de la ambigüedad que preside la vida política argentina, los sindicatos entendían que María Isabel —la compañera Presidente Isabel— estaba de su lado, y que, con su apoyo, podría liberarse de la influencia de López Rega. La respuesta de la Presidente fue también ambigua: pidió a los sindicatos que desistieran de su manifestación, porque su apoyo podía ser más útil acudiendo a sus lugares de trabajo. El domingo, la Presidente hizo conocer su decisión —la del gobierno—: los convenios colectivos serían anulados, pero los salarios se subirían el ochenta por ciento en lugar del cincuenta que había sido ofrecido previamente. Sin embargo, en ese momento, el paro nacional estaba en marcha, y la plaza de Ma-

yo cubierta con decenas de millares de manifestantes. Ya no parece que los sindicatos se conformen ni siquiera con la reiteración de los convenios colectivos: piden la dimisión de López Rega.

El Ejército, por su parte, ha celebrado numerosas reuniones y entrevistas de sus altos mandos con la Presidente; pero no parece que acceda en principio a sostener al poder, a desgastarse en este problema, sino que desea permanecer neutral.

Es posible que la salida de estos acontecimientos se precipite en esta misma semana. Pero no es fácil predecir en qué sentido. Es posible que, a pesar de su proclamado neutralismo, el Ejército quisiera aprovechar la ocasión para desembarazarse de López Rega, manteniendo en cambio la legalidad de la Presidente, María Isabel. ■

destemplada— «se localizó con algún dedo acusador», y los agentes municipales fueron a ella, pero el magnánimo alcalde García-Lomas dijo: «Hagan el favor de retirarse los agentes, en el entendimiento que una nueva causa de interrupción me obligará a desalojar la tribuna pública». Hubo un segundo incidente. Una dama —¿otra? Sin duda, pues esta voz no estaba destemplada— se levantó y dijo: «Señores, me veo en la necesidad de...». Y también se levantó el alcalde, y —dicen las crónicas— «con voz grave» dijo: «Aquí no habla nadie más que nosotros, que representamos al pueblo de Madrid». Ciertamente, los quince vecinos no representan a nadie. Para ver a quién representaban, los agentes de la Fuerza Pública, a la salida, «solicitaron la identificación de tan extraños espectadores», y, «al parecer, algunas explicaciones de su comportamiento».

«Aquí no habla nadie más que nosotros», había dicho la «voz grave» del señor García-Lomas. Grave, ciertamente. ¿Pueden hablar los vecinos de Madrid desde la tribuna pública? No parece que esté previsto en los reglamentos. El pueblo escucha, se va y, en todo caso, da explicaciones de su comportamiento a la Fuerza Pública.

«... que representamos al pueblo de Madrid», dijo la voz grave. En efecto, en el Pleno se habían expuesto las preocupaciones municipales en nombre del pueblo de Madrid. En primer lugar, la voz grave del alcalde dedicó varios capítulos de condolencia: por la muerte del señor Herrero Tejedor, por los españoles muertos en el Sahara, por las víctimas de Ceuta y Melilla, causados «por los falsos amigos de democracias para asesinar y matar»; quizá estuviera calificando de democracia al Marruecos de Hassan II, lo cual sería pintoresco; quizá estuviera expli-

cando que las democracias sirven para asesinar y matar; las crónicas no dejan claro el sentido de sus palabras. Se condeñó también por la muerte del barón Aduard, que fue embajador de Holanda y que, sin duda, prestó servicios valiosos al pueblo madrileño; fue él quien propuso que salieran de Madrid las cabalgatas de Reyes y de Santa Claus. También ratificó el Pleno —por moción del señor García-Lomas— la entrega de la Llave de Oro de Madrid al Presidente de los Estados Unidos de América, mister Gerald Ford. Fue una suerte que el Pleno ratificase la concesión hecha por el alcalde; de otra manera, hubiera habido que ir a Washington a quitarle la Llave de Oro a Gerald Ford.



Y se enteró en el Pleno. Allí hablaron solamente ellos, en representación del pueblo de Madrid. ¿De qué hablaron? De algunas mejoras para el personal de la Casa —que había cubierto la tribuna pública, menos quince—. De cambiar el proyecto del Sector Malasaña por el sin duda fenecido de la Gran Vía Diagonal. De que el Zoo madrileño (o de quien sea) suba su entrada a setenta y cinco pesetas (hace poco, cuando estaba aún en el

Retiro, costaba dos pesetas). De que haya clubs para los ancianos. De la necesidad de que haya fuentes para beber en parques y jardines, y de que haya más evacuatorios. Del misterio de la calle del Mercurio, que no se sabe si existe o no, y si existiese, de quién es su propietario.

¿Y el pan?

El pan fue una sola voz destemplada en la galería pública, destemplada como su onomatopeya de disparo. No, no se habló del pan. ¿Por qué se iba a hablar del pan?

Es un tema del que realmente hablan públicamente todos. Todos los que pueden hablar y a quienes se les conceden no sólo las tribunas, sino la televisión. ¿Es caro el pan? El presidente de los panaderos ha dicho que no, no; que no es caro; ha dicho incluso que es barato. Todo es relativo: el pan llamado obligatorio cuesta más barato que la harina con que se elabora. Es, sin duda, cierto. Pero hablan los campesinos y dicen que el pan es caro. Enormemente caro. Todo es también relativo: es caro en relación a los precios que les pagan por el trigo, y que debían ser mayores. El gremio de los empresarios de panadería querría que fuera más caro, y se apresuran a explicar que sus obreros merecen más salario. Nada más cierto. La premura en esta ocasión de los empresarios en paternalizar a sus obreros es, sin embargo, sospechosa. Son, ciertamente, unos obreros sacrificados: trabajan a deshora, sufren el calor de los hornos... ¡Y no se ganan el pan!

¿Y el fraude del pan? El pueblo de Madrid, que no pudo hablar, porque allí sólo hablan ellos, dice que hay fraude. Que el peso no es el peso, que la harina no es harina. Que es de otro costal... Que se encuentran cuerpos extraños. Los empresarios pana-

deros dicen que no, que el pan es trigo limpio.

¿Qué hubiese explicado la mujer que comenzó diciendo: «Señores, me veo en la necesidad de...»? ¿Cuál era su necesidad? ¿Con qué datos hubiera podido ilustrar al alcalde de Madrid y al Pleno Municipal acerca del problema del pan?

Sólo quedó en la mañana municipal —y espesa, que dijo el poeta—, clavada la voz destemplada que dijo «¡Pan!». ¡Ah!, se había olvidado esa palabra, se había olvidado ese pan. Nos habíamos enorgullecido de que el consumo de pan había disminuido en España en beneficio de la carne, del azúcar; como sucede en los países que se desarrollan. El pan es alimento de pobres, y aquí comenzaba a no haberlos. El pan se había quedado con sólo un valor evangélico, con un gran puesto en la paremiología, como un símbolo de todo: «Que me quiten el pan...». «Trae un pan debajo del brazo...».

Los vecinos llegaron al Ayuntamiento con un pan debajo del brazo y se lo quitaron los agentes y el señor García-Lomas. Llegaron con la palabra «pan», y resultó destemplada para los oídos de un cronista: careció de la «gravedad» de la voz del alcalde.

Mal asunto que vuelva a hablarse del pan, que vuelva a protestarse por el pan. Que el grito de pan quede clavado en una sesión del Pleno Municipal.

Después de todo, ¿verdad?, que coman tortas... ■ P.

NOTA.—Las palabras en negrita pertenecen a la crónica municipal del diario «ABC», de Madrid, día 28 de junio de 1975, páginas 35 y 36. Otros detalles de esa sesión están tomados de esa misma crónica y de las de otros periódicos madrileños de los días 27 y 28 de junio de 1975.